EL CENTRO VIRTUAL CERVANTES

Ramón Tijeras Cózar

El Instituto Cervantes se creó en 1991. Lo que pretendía era enseñar español a cualquier alumno de cualquier lugar del mundo y divulgar la cultura hispánica. Se puso así en marcha un organismo que comenzó a establecer una serie de centros en todo el mundo: edificios con aulas, biblioteca y sala de exposiciones, los dotó del personal necesario, docente en particular, y se abrió la matrícula, con el éxito esperable e incluso superior. Años después el Instituto Cervantes dispone de un número importante de centros, adonde acuden miles de alumnos, y goza de un bien ganado prestigio. Situémonos ahora en el año 1997. Se tiene ya la sensación de que nunca serán suficientes los centros que se abran, porque la demanda del español crece aceleradamente. Internet empieza a ofrecer ya un abanico importante de posibilidades y se decide crear un centro más, un centro que opere en la Red, que abarque el mundo entero y que esté abierto día y noche, días laborables y festivos. A finales de 1997 nace el Centro Virtual Cervantes.

Irremediablemente el Centro Virtual nace como un trasunto de un centro —da igual que sea el de Londres o el de Roma o el de París—. Tiene por tanto su aula de lengua, biblioteca, sala de exposiciones, etc. En la actualidad, se están preparando nuevos sistemas de videoconferencias en cada centro y se está modernizando el sistema de gestión de bibliotecas. Los objetivos son, como no puede ser de otra forma, los fundacionales. Pero el medio condiciona la forma de realizar tales objetivos. La portada del CVC reza en letras destacadas: *La ventana a la lengua española y a las culturas hispánicas.* ¿Qué quiere decir esto? Que se van a utilizar todas las posibilidades de Internet. Pongamos un ejemplo. Lo que podríamos llamar la *biblioteca* del CVC se compone en primer lugar de una sección denominada *Obras de referencia* donde se pueden encontrar, entre otras cosas, la edición de *Don Quijote de la Mancha*, realizada por el propio Instituto Cervantes y dirigida por el profesor Francisco Rico, las *Actas* de los Congresos de la Lengua Española de Sevilla, Zacatecas, Valladolid y Rosario o los *Anuarios* del Instituto. Pero si entramos en el *Oteador*, tendremos la ocasión de encontrar las mejores direcciones sobre lengua española y cultura en español de la Red, seleccionadas y revisadas por un equipo de profesionales, y, visitando dichas direcciones, llegar a un número inimaginable de referencias de todo tipo. El *Buscador panhispánico*, que se pondrá en marcha a lo largo de 2007, potenciará estas posibilidades de una forma extraordinaria.

Transformar nuestros centros de todo el mundo, de Estambul a Manila, o desde Chicago hasta Moscú, en lugares de encuentro es un deseo a veces incompleto, por la falta de espacios adecuados, por la complejidad de las comunicaciones o por la disparidad de los horarios. El CVC es el mayor lugar de encuentro para los interesados en la lengua española y su didáctica, en las culturas hispánicas e incluso en las nuevas terminologías de la informática y las comunicaciones. A través de sus foros se ha transformado en una auténtica plaza mayor. Los foros se han consolidado como sistemas de comunicación ricos y variados en los que la espontaneidad de los intervinientes remeda en la realidad el didactismo de los clásicos diálogos que tanto se cultivaron en el Renacimiento.

Todo un capítulo aparte merecería lo referente a la enseñanza de la lengua española. Desde sus comienzos, y dentro de la sección denominada *Aula de lengua*, el CVC

apostó por ir incorporando materiales didácticos que pudieran servir de apoyo a los profesores de español repartidos por todo el mundo. Más adelante, describiremos el gran número de recursos didácticos existentes y que van desde juegos interactivos —*Rayuela*—, a consejos para la enseñanza de la lengua —*DidactiRed* y su «Didactiteca»—, pasando por lecturas graduadas —*Lecturas paso a paso*—, materiales didácticos específicos para niños de siete a nueve años —*Mi mundo en palabras*— o un original experimento para el perfeccionamiento de los estudiantes de traducción de inglés, francés o portugués al español —*El atril del traductor*.

No pretendo en este breve artículo describir con detalle todos los contenidos del CVC, que, en estos momentos, abarcan ochenta mil páginas. Si se entra en Internet y se teclea cvc.cervantes.es se tiene acceso inmediato a todos y cada uno de sus epígrafes. Es mejor hacer unas reflexiones sobre lo que significa la utilización de las nuevas tecnologías en la difusión de la lengua española y de la cultura en español.

En primer lugar el uso de Internet permite una difusión mundial e instantánea de todos los contenidos que se van publicando, así como de todo lo publicado con anterioridad. Un uso inteligente de las bases de datos y de las herramientas de búsqueda facilita el acceso a un gran archivo que crece día a día. La ubicación del CVC en servidores instalados en el gran centro que Telefónica tiene en las cercanías de Madrid (y cuya costosa gestión ha sido, dicho sea de paso, financiada completamente por dicha compañía) significa que la difusión del CVC se realiza veinticuatro horas al día y durante los 365 días del año. Nuestras estadísticas de acceso revelan que hay el mismo número de visitantes de día que de noche. ¿Qué quiere decir esto? Que, sin perjuicio de la magnífica labor que realizan los centros físicos repartidos por todo el mundo, hay además un centro virtual que nunca cierra, que llega a todos los lugares del mundo y que permite un fácil acceso a un número creciente de contenidos de enorme interés para profesores y estudiantes de español, para hispanistas y para un enorme público potencial que se manifiesta a través del millón largo de visitas mensuales que recibimos. Detrás de este servicio hay una compleja red de servidores y de bases de datos y unas costosas líneas de comunicaciones que son tanto más eficientes cuanto menos evidente es su trabajo. La aparente facilidad con la que se accede al CVC desde cualquier sitio y en cualquier momento es consecuencia de una complicada arquitectura informática y de un *hardware* y un *software* en constante renovación.

De nada serviría este esfuerzo si los contenidos fueran meras reproducciones digitales de textos literarios, manuales de lengua u obras de arte almacenadas con arreglo a determinados criterios clasificatorios. El aporte tecnológico se limitaría a la digitalización con mayor o menor resolución de objetos ya conocidos. Por el contrario, cada una de las exposiciones que se cuelga en el CVC es el resultado de un costoso esfuerzo de maquetación y diseño y de una investigación permanente en búsqueda de unos resultados multimedia e interactivos. El usuario que acceda a la versión del *Quijote* de Francisco Rico, que se puede consultar completa en el CVC, no se va a encontrar ante un libro fotocopiado, valga la simplificación, sino ante un producto radicalmente diferente en el que al consultar las notas de, por ejemplo, «En un lugar de la Mancha» se despliegan sucesivas ventanas explicativas que sitúan geográfica e históricamente la frase, y así con todas y cada una de las notas, que ya no pueden denominarse «a pie de página», sino que son auténticos enlaces inteligentes que facilitan enormemente la labor del estudioso. Si, por poner otro ejemplo, se quiere admirar la Mezquita de Córdoba, la exposición no mostrará una serie de estampas más o menos atractivas sino que, utilizando los últimos avances de la reproducción virtual, nos permitirá sumergirnos en el fascinante edificio, tal y como era en el tiempo de los Omeyas, sin los posteriores añadidos cristianos y, acompañados por un canto de ulemas, podremos descubrir hasta el último rincón del templo de forma interactiva, con la ayuda del ratón, y hacernos la ilusión de que hemos hecho un viaje a través del túnel del tiempo. La misma técnica de realidad virtual ha permitido reproducir el Salón de Reinos, donde en su tiempo se alojaban todas las obras de Velázquez, que han sido extraídas digitalmente de su lugar en el Museo del Prado y colgadas en el mismo lugar donde originariamente estuvieron. El visitante puede pasear por dicho Salón, subir y bajar de la galería, acercarse a cada obra y ver detalles de las mismas así como obtener cumplida información sobre su autor y sus circunstancias.

Visitar Cartagena de Indias, Puebla, Quito o Alcalá de Henares, cumplidas muestras de ciudades Patrimonio de la Humanidad significa algo más que leer una guía turística. Una tupida red de enlaces permite recorrer la exposición desde cualquier punto de vista —cultural, histórico, literario o sociológico— o desde todos ellos a la vez, como si de un prodigioso Aleph se tratara. El visitante es dueño de marcar su itinerario y de complacerse en los aspectos que más le interesen. Los enlaces hipertextuales permiten simular la actividad del cerebro humano, siempre constreñida por la aspereza de la lectura secuencial de los libros. Valga lo dicho para el Camino de Santiago, que nos permite realizar una auténtica peregrinación virtual, no sé si con derecho o no a indulgencias, sin salir de nuestra casa.

El material didáctico para la enseñanza del español es una espléndida muestra del uso de los últimos recursos tecnológicos para la enseñanza de nuestro idioma. El visitante de, por ejemplo, *Mi mundo en palabras*, encontrará una variada gama de recursos didácticos multimedia donde la animación se pone al servicio de la enseñanza y convierte la ardua tarea didáctica en una diversión constante, donde el alumno se identifica con los protagonistas de la historia y vive sus experiencias y sus aventuras, aprendiendo sin querer el idioma. *Didactiteca* propone un valiosísimo catálogo de «recetas» para enseñar español almacenadas en una potente base de datos que permite llegar al recurso deseado a través de diferentes criterios de selección.

Un ejemplo representativo de lo que puede ser el uso de Internet para la enseñanza es *El atril del traductor*. Profesores situados en diversos lugares de España presentan en inglés, francés, portugués o alemán frases que se cuelgan en una pizarra simbólica. Usuarios de cualquier lugar del mundo proponen sus traducciones a dichas frases. El profesor corrige las traducciones, hace sus sugerencias de mejora y las cuelga asimismo en el atril. Todo es gratuito: nadie se matricula, no hay notas ni listas de alumnos, ni suspensos ni aprobados. Todo el mundo aprende de todo el mundo. Es Internet en estado puro.



Portada de la página web del Centro Virtual Cervantes (CVC).

El CVC está permanentemente abierto a nuevos proyectos y a los últimos avances de la tecnología. Un reciente acuerdo con la Sociedad General de Autores y Editores permitirá la distribución autorizada de películas y música iberoamericanas a través de Internet. El *Oteador* al que nos referíamos antes va a mejorar su tecnología de búsqueda y catalogación, transformándose en un *Buscador panhispánico*, que ya funciona internamente y que permitirá la colaboración de instituciones de todo tipo para aumentar y mantener al día las direcciones recomendadas que actualmente contiene el CVC. Las posibilidades son infinitas. En un mundo tecnológicamente cambiante, cada vez mejor comunicado y con una demanda creciente de la lengua española, el CVC será cada vez más la punta de lanza del Instituto Cervantes para llegar a un espacio sin fronteras. ■

Ramón Tijeras Cózar es director del Centro Virtual Cervantes.